

Pensando en nuestros hijos e hijas
**Reflexiones en torno
a la sexualidad
y el sida**

Juan Carlos Diezma
Técnico de Salud Pública
Instituto de Salud Pública
de la Comunidad de Madrid



Sobre el Sida y nuestros hijos

Como viene siendo habitual en los últimos años, el 1 de diciembre, precediendo a la Navidad, la TV, la radio y los periódicos nos recuerdan la existencia de un problema que, no hace mucho, nos era desconocido, pero que en poco tiempo se ha hecho común en todas las sociedades: el Sida.

En este tiempo hemos aprendido, más o menos, a convivir con él. Al menos ya sabemos de qué va y su nombre nos es tristemente familiar. Sin embargo, tengo la sensación de que a menudo se nos olvida su existencia. Claro que los adultos tenemos buenas coartadas para que este olvido no suponga un problema. Aunque las autoridades sanitarias no cesan de repetir que esta enfermedad puede afectar a cualquiera, y en este adjetivo entramos nosotros, también sabemos que la gran mayoría de los afectados y afectadas son jóvenes, o sino adultos que se infectaron cuando lo eran. En este sentido, “estamos a salvo”. Además, el que más y la que menos pensará que, en el fondo, es un asunto de drogadictos, homosexuales y prostitutas, por más que se nos diga lo contrario. Y si no participamos de estas opiniones, siempre nos queda África, continente de las grandes calamidades que azotan a la humanidad, como el hambre, las guerras, la pobreza y, por supuesto, el Sida. Es fácil pensar que nuestro país está exento de este problema, como país desarrollado que es. Pero... ¿y nuestros hijos e hijas?

La verdad es que si pienso en ellos y en ellas desaparece mi tranquilidad, y un cierto temor, que me es difícil de explicar, la sustituye. Desde esta perspectiva, el Sida se sitúa mucho más próximo que desde la óptica puramente personal. Quizás este fenómeno se deba a la facilidad de ver “la paja en ojo ajeno” antes que en el propio, pero también porque probablemente el riesgo de que una persona adulta se infecte con el virus que causa el Sida, sea bastante menor que el que tenga nuestros hijos e hijas.

Y, claro, esta reflexión aumenta más aún mi zozobra.

¿Están nuestros hijos lo suficientemente protegidos ante este problema como para que los padres y las madres estemos tranquilos?

Sin entrar a valorar específicamente el tema de las drogas, dado que como vehículo de transmisión del virus del Sida, sólo lo es, afortunadamente, para un reducido número de personas, aquellas que consumen cierto tipo (heroína y cocaína), de un modo muy específico (pinchándose en vena) y haciéndolo de forma no higiénica (compartiendo las jeringuillas), sí me preocupa la parte del problema que tiene que ver con la sexualidad.

Porque, si lo anterior es una práctica minoritaria, tener relaciones sexuales es algo universal, inherente a la condición humana. Y no nos engañemos, nuestros hijos e hijas, por término medio, empiezan a tener relaciones sexuales “completas” (es decir, cuando existe penetración) cuando alcanzan los 17 años. Otra cosa es que nos-

Edita

Confederación Española de Asociaciones de Padres de Alumnos (CEAPA).

Autores

Juan Carlos Diezma

Coordinación

María Teresa Pina Ledesma,
Fernando Vélez Álvarez,
Ginés Martínez Cerón
Pablo Cortázar Díaz

Maquetación

IO centro de diseño y animática

Administración, suscripciones y publicidad

CEAPA. Puerta del Sol, 4 6º- A
28013 MADRID
tlf 91 701-47-10 fax 91 521 73 92

Realiza

IO, Centro de Diseño y Animática,
ioadmin@telefonica.es
www.iocen.com

Deposito legal: M-10221- 1998
Edición: 11.500 EJEMPLARES

ceapa@ceapa.es

www.ceapa.es

CEAPA ES UNA ENTIDAD DECLARADA
DE UTILIDAD PÚBLICA

otros/as nos enteremos. Aunque ya sé que ante esta duda solemos adoptar una postura bastante prepotente, en el sentido que creemos saberlo todo acerca de nuestros hijos. Pero quizás se nos pasen por alto más cosas de las que en principio podamos imaginar. Y no me refiero a la cuestión de si ellos y ellas mantiene ya relaciones sexuales. Estoy pensando en qué condiciones se dan, si se dan, y por qué no se dan cuando esto ocurre. ¿Qué sabemos de su proceso sexual?



La información, la prevención y el comportamiento

Tengo la sensación de que, en el fondo, las madres y sobre todo los padres (y más en relación con las hijas) no queremos saber realmente lo que sucede con la vida sexual de nuestros hijos e hijas. Nos da un poco de miedo no sea que nos digan lo que probablemente intuimos pero que nos cuesta aceptar.

Siendo las cosas así, el resultado es que ellos y ellas se enfrentan a sus primeras relaciones sexuales sin el apoyo debido de los padres.



Y podemos pensar que en el colegio o el instituto van a recibir suficiente información como para que no sea necesario hablar más del tema. Pero resulta que, primero, hoy por hoy son pocos los centros educativos que ofrecen una verdadera educación sexual y cuando se da, a veces es tarde. Segundo, aunque nuestros hijos recibieran este tipo de educación, nuestra aportación sigue siendo necesaria.

Siempre pensé que una persona bien informada, a la que se le ha dicho en qué consiste tal cuestión, se le ha advertido de los peligros de una determinada conducta y, a la vez, se le ha hablado de cómo enfrentarse a ellos y evitarlos, estaría en disposición de adoptar un comportamiento acorde con los conocimientos adquiridos. Pero la realidad me ha demostrado que esta creencia es un tanto ingenua.

Nosotras y nosotros mismos experimentamos cada día que la información, aún en el supuesto de que exista y de que sea de calidad, no es suficiente cuando se refiere a cuestiones del comportamiento.

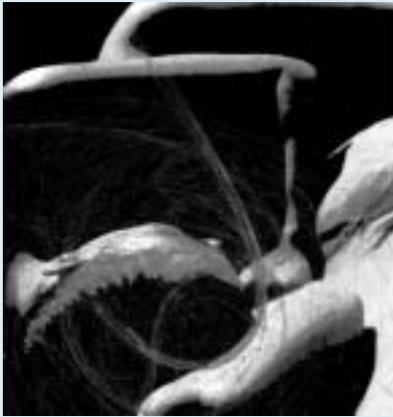
Ya sabemos que fumar es muy perjudicial para la salud o que conducir a altas velocidades entraña riesgo de sufrir un accidente, pero aún así, muchos seguimos fumando y conduciendo por encima de los límites permitidos, por no hablar, si nos trasladamos al campo de la sexualidad, de la escasa presencia del preservativo en las relaciones sexuales de los adultos, incluso en las claramente tipificadas como de riesgo (es sabido que no pocos usuarios de la prostitución están dispuestos a pagar más dinero para “hacerlo” sin condón).

Y podríamos decir que dejar de fumar es tan simple como tomar la determinación de hacerlo, al igual que en el caso de la conducción simplemente se trataría de ir un poco más despacio.

En los mismos términos hablamos a los adolescentes. Les decimos que retrasen lo más posible el inicio de sus relaciones sexuales y, en todo caso, que utilicen el preservativo siempre que las tengan. Solemos apostillar la cuestión añadiendo que es muy fácil y que solo depende de su voluntad. Y nos quedamos tan panchos.

Resulta que a nuestros hijos e hijas les estamos exigiendo un comportamiento que muchos de nosotros no somos capaces de adoptar y eso a pesar de nuestra condición de adultos y, supuestamente, más responsables que ellos. Conferimos a la información un poder que no tiene y nos olvidamos de otras muchas variables que interaccionan con ella a la hora de modelar el comportamiento. Y muchas veces, quizás demasiadas, la forma de dirigirnos a ellos es desde el lado del miedo a que puedan tener un embarazo no deseado o una enfermedad de transmisión sexual. Y se nos olvida un montón de cosas por el camino.

Pensamos que todo lo que sea prevenir es lo mejor (ya se sabe, “más vale prevenir que curar”) y no reparamos que este axioma necesita de matizaciones. La prevención tiene sentido si se reflexiona sobre lo que se quiere prevenir y, lo que es más importante, la mejor forma de hacerlo. No parece aconsejable enfocar la sexualidad de nuestros hijos e hijas desde el temor a que sufran un problema como los mencionados.



Qué entendemos por Salud Sexual

Todo esto me viene a la mente después de haber leído una definición sobre lo que se entiende por Salud Sexual que, inevitablemente, me ha hecho reflexionar.

La definición en cuestión dice lo siguiente: *“Salud Sexual es la ausencia de temores, de sentimientos de vergüenza, de culpabilidad, de creencias infundadas y otros factores psicológicos que inhiban la actividad sexual o perturben las relaciones sexuales”*¹.

Yo siempre he pensado que la cuestión se reducía al tema de los anticonceptivos, y más en concreto, al preservativo. Con independencia de si estoy o no de acuerdo a que se tengan relaciones sexuales a esas edades (por cierto, ¿hay una edad concreta para empezar a tenerlas?), creía que la cosa estaba resuelta con la utilización del preservativo, tal como las autoridades sanitarias nos llevan diciendo desde hace varios años (¿recuerdan el “póntelo, pónselo?”), pero me da la impresión de que el asunto es algo más complicado.

Leyendo una y otra vez esta definición, de pronto me he sentido como delante de un espejo, frente a mi propia sexualidad.

Echando la vista atrás recuerdo que siendo muy pequeño, no tendría más de 5 años, sin querer, vi a mi madre desnuda y pensé que había cometido un pecado imperdonable e inconfesable (de hecho, nunca se lo conté a nadie). Han pasado ya muchos años de aquello y esa imagen permanece sorprendentemente fresca en mi memoria.

Yo viví aquello con un infinito sentimiento de culpabilidad, que me acompañó durante años. En mi cabeza era impensable poder ver el cuerpo de un adulto del sexo contrario desnudo y mucho menos el de mis padres. Para mí, todo lo relacionado con el sexo estaba claramente en el terreno de lo oculto, de lo prohibido (así ha sido durante toda mi infancia y parte de mi adolescencia) y, desde luego, mis padres eran personas asexuadas. Jamás pude pensar en ellos haciendo el amor. Lógico, por otra parte, si pensaba lo que pensaba del sexo.

Ese sentimiento de culpabilidad asociado al sexo como algo “malo” obedecía a una realidad social que daba sentido a lo experimentado por mí.

Podría poner más ejemplos de algunas de mis experiencias relacionadas con la sexualidad, como cuando tuve mis primeras poluciones nocturnas que, por supuesto, no comenté a mis padres, ni ellos a mí, a pesar de que, tal como dejaba las sábanas, sabían lo que me estaba pasando. Recuerdo que al principio no sabía lo que me estaba sucediendo. Sólo que sentía un placer hasta entonces desconocido, intenso, que hacía que, una noche sí y otra también fuera a su encuentro. Tal era el placer que experimentaba que pensé que tenía que ser “pecado”, y más de una noche, cuando la excitación empezaba, me hacía el firme propósito de controlar aquello, pero mis esfuerzos eran en vano. A pesar de que me levantaba de la cama

¹ Definición dada por la Organización Mundial de la Salud (OMS).

y me iba al salón, en mitad de la noche, hasta que “aquello” se tranquilizaba, en cuanto regresaba a mi dormitorio la cosa volvía a desmadrarse. La fuerza de las hormonas era muy superior a mi voluntad.

O cuando me pillaron junto con otros amigos, más pequeños que yo, encerrado en unos vestuarios de una piscina, viendo fotografías de chicas desnudas. Fue el padre de uno de ellos y conforme íbamos saliendo, íbamos recibiendo una bofetada (aunque yo me libré por mi condición de mayor).

Evocando estos recuerdos me doy cuenta de que, en mi entorno, el placer sexual y en general, la sexualidad, han estado más cerca del “pecado” que de cualquier otra consideración y, por consiguiente, mi proceso sexual, en cuanto a vivencia personal, ha permanecido oculto desde mi más tierna infancia hasta pasada la adolescencia, casi sin interlocutores, salvo mis amigos. Y eso que yo era chico y con una orientación heterosexual.

Me imagino que las chicas lo han tenido peor. Porque, mal que bien, a los chicos siempre se nos ha concedido un grado mayor de libertad sexual en relación con las chicas. Un ejemplo clásico lo supone la masturbación. Si bien nunca ha sido bien vista (como siempre, es un indicativo más de la extraña guerra que nuestra cultura ha declarado al placer, al goce del cuerpo), es claro que en los chicos ha tenido una mayor tolerancia, por no decir que en las chicas la tolerancia ha sido prácticamente “cero”. Todavía hoy a muchos padres y madres les cuesta admitir que sus hijas se masturban y que además entiendan que eso no es malo.

En cuanto a las relaciones entre chicos y chicas, a los chicos se nos ha visto de buen grado que ligásemos, pero a las chicas, con eso de que son ellas las que se quedan embarazadas, se les ha hecho la vida (sexual) imposible en la mayoría de los casos.

Y no quiero pensar si hubiera sido homosexual. En este caso, la sexualidad es absolutamente clandestina, más si se es chica, hasta el punto de que no pocos jóvenes han pasado toda su adolescencia e incluso ya como personas adultas, adoptando una orientación heterosexual “falsa” ante la imposibilidad de aceptarse como homosexuales.





Los adultos somos fruto de nuestra infancia y adolescencia

Los adultos somos, sin lugar a dudas, el producto de lo que se estuvo fraguando en la niñez y la adolescencia.

La herencia del proceso de aprendizaje que hemos experimentado es una pesada carga que a veces nos impone limitaciones de las que muchas veces no somos conscientes.

Formamos parte de un entramado social donde la sexualidad sigue siendo un tema “tabú”. A nada que reflexionemos un poco encontraremos que vivimos y a veces sobrevivimos entre grandes lagunas, así que no debe sorprendernos que tengamos dificultades para educar a nuestros hijos e hijas en este tema.

Como me contaba una madre y gran amiga, hablando de este asunto, cuando éramos pequeños, nuestros mayores no nos hablaron de forma explícita sobre sexualidad porque, probablemente, a ellos/ellas tampoco les hablaron. En nuestra generación, la religión ha ocupado un papel preponderante, normativizando valores. La tele y el cine han ido configurando vivencias y nuestras fuentes de información fueron libros sesgados por intereses de todo tipo (religiosos, sociales, políticos...), cuando no lo eran nuestros amigos, que venían a reproducir informaciones erróneas, mitos, etc. *“Nos transmitieron que era malo “tocarse” pero ahora tenemos que “autoexplorarnos para conocer nuestras zonas erógenas” y encima disfrutar con ello. Nos educaron en el modelo sexualidad-pecado y ahora tenemos que reciclarnos al modelo de libertad sexual, disfrute, autoerotismo y además, transmitirles a nuestros hijos e hijas cosas que a nuestro yo más íntimo le cuesta aceptar, no sabemos muy bien por qué”*.

Quizás el porqué haya que buscarlo en nuestro propio recorrido sexual y en el tipo de educación que recibimos.

No sé si esta dificultad que tenemos para enfrentarnos a la educación sexual de nuestros hijos justifica que este tema esté eternamente postergado para “otro momento”. Tengo la impresión de que en la educación de nuestros hijos e hijas siempre hay otros temas por delante. ¿Será posible que no hayamos tomado plena conciencia de lo que supone la sexualidad en la vida de una persona?

“Hay ósmosis entre sexualidad y existencia, es decir que si la existencia se difunde en la sexualidad, recíprocamente la sexualidad se difunde en la existencia, de modo que es imposible determinar, en una decisión o acción dada, la parte de motivación sexual y la de otras motivaciones; es imposible caracterizar una decisión o un acto como sexual o no sexual... La sexualidad es todo nuestro ser”²

En efecto, la sexualidad impregna todo nuestro ser y lo hace desde el nacimiento.



² Merleau-Ponty. “Fenomenología de la percepción”. 1975.



La Educación Sexual debe comenzar en la más tierna infancia

Es posible que no sepa qué palabras usar con un adolescente, en relación con el sexo, cuando pretendo de forma puntual que tenga una sexualidad sin problemas, pero con nuestros hijos e hijas tenemos una gran ventaja, convivimos con ellos y ellas durante años (sobre todo en la sociedad actual). Tenemos tiempo suficiente como para ayudarles en su desarrollo sexual. Si desde que nacen somos conscientes de esta necesidad, es muy probable que cuando alcancen la pubertad, gran parte del problema esté ya solucionado, tal vez porque nunca llegó a serlo.

Lo primero es tomar conciencia de que la sexualidad está presente desde que un niño o una niña nace, lo cual nos obliga a atender y, sobre todo, no reprimir sus manifestaciones. Se trata de “visualizar” la sexualidad infantil.

Lo segundo es asociar la sexualidad a placer y el placer asociarlo como un valor positivo y necesario para un correcto desarrollo de la personalidad.

Siendo coherentes con lo planteado, la educación sexual tiene que incorporarse en la educación general que demos a nuestros hijos e hijas, desde el comienzo de la vida, en el seno de la familia.

Sobre el cuerpo:

Al recordar lo expresado en párrafos anteriores sobre mi vivencia al ver el cuerpo desnudo de mi madre, me doy cuenta que me inculcaron una idea del cuerpo que no me gustaría que la tuvieran mis hijos.

El cuerpo es algo hermoso. Todo él es hermoso, sin zonas excluidas, pero desde muy pequeños nos enseñan a taparnos los genitales inculcándonos la idea de que es algo que ni se debe ver ni tampoco enseñar, sin que se nos ofrezca una explicación medianamente razonable. Se trata simplemente de una imposición. Pero para vivir la sexualidad de modo placentero hay que vivir antes con naturalidad el propio cuerpo, y esto sólo es posible si desde el nacimiento, los niños y las niñas viven en un ambiente donde el cuerpo se vive como algo bello, sin que se pongan trabas en su descubrimiento.

El niño llegará a tener una relación natural con su propio cuerpo si cuando le acariciamos lo hacemos con naturalidad. A través de las caricias, los niños comienzan a experimentar por sí mismos las inmensas posibilidades de su cuerpo, como algo gratificante y placentero.

También influirá lo que el niño vea a su alrededor, las demostraciones de amor que padres y hermanos se hagan entre sí.

Sobre las caricias:

Si al principio esto se ve como normal, más adelante se puede llegar a pensar que hay que empezar a “racionar” las caricias, sobre todo si hablamos de los niños, no sea que nos salgan muy “mimados”, “ñoños”. Con estas creencias es cuando empiezan a aflorar las diferencias que, casi sin darnos cuenta, empezamos a establecer en la educación entre los niños y las niñas, las diferencias de “género”.

Desde luego, nuestra generación ha estado marcada por este tipo de educación, donde desde muy pequeñitos, nuestros padres y los padres de nuestros padres, han ido estableciendo diferencias en cuanto a normas, valores, símbolos, dependiendo de si se trataba de un hijo o una hija. Así, yo siempre he escuchado que los hombres no lloran o que pegarse en determinadas circunstancias era de “machotes”, por no hablar de las claras diferencias que se establecían en el color de la ropa o los juguetes.

Y por supuesto que estas diferencias alcanzaban plenamente la educación sexual, tanto de forma explícita como implícita: los hombres no se besan, se dan la mano, justo lo contrario de las mujeres.

Esto puede parecernos carente de importancia pero, poco a poco va a ir perfilando un camino estereotipado y diferente para cada sexo que, como poco, limita los grados de libertad que cada individuo debería tener y que en muchos casos nos dificulta de mayores la adopción de un comportamiento maduro y responsable como es, en el caso de las chicas, oponerse al deseo del chico de mantener relaciones sin preservativo o que sean ellas las que lleven la iniciativa.

No debemos tener miedo a un hipotético “exceso” de caricias, sea la edad que sea la de nuestros hijos y su sexo, y sí ser muy vigilantes de las diferencias de género que podamos establecer.

Sobre los juegos sexuales:

No creo que me equivoque si digo que a todos y a todas, cuando éramos pequeños/as, nos han dicho en más de una ocasión, “no te toques la colita” (lógicamente a los niños) o “no te toques ¿la? ¿cosita?”. Antes de continuar, me gustaría que reflexionasen sobre lo siguiente: ¿no les parece sorprendente que mientras los chicos siempre hemos tenido un nombre claro y reconocible para nombrar a nuestro órgano genital, las chicas no lo hayan tenido? Durante mi infancia y preadolescencia conocí innumerables denominaciones de los órganos genitales de las chicas, algunas francamente insólitas, como “chirla” o “peseta”, aunque lo normal era que no se le diera ninguno. Claro que también frente a esto podemos pensar que es una cosa graciosa (para mí no lo es), que no tiene la menor importancia. Mi opinión es la contraria. Como casi todo lo que trasciende lo personal y se convierte en común, deja de ser un fenómeno anecdótico para pasar a encerrar un significado que, en el caso que nos ocupa, se relaciona con la mayor tolerancia que hemos tenido los chicos con nuestro órgano sexual (y, por tanto, con nuestra sexualidad), en tanto que es reconocido públicamente (se puede nombrar, que es una forma de legitimación). A más de un padre y una madre les he visto presumir de la “cola” de su hijo, pero jamás vi que se hiciera lo mismo con la “cosa” de las chicas.





Continuando con lo que había dejado pendiente, si hay algo que pudiéramos decir que es común entre nuestros padres, ese algo es la prohibición a que jugásemos con nuestros órganos sexuales, a que nos tocásemos la colita, la “cosita” y claro, la mayoría de nosotros hemos reproducido lo que nos enseñaron. Nos cuesta un triunfo tolerar que nuestros hijos e hijas se toquen todo lo que les dé la gana. Al final, solemos terminar diciendo “deja de tocarte” porque “está feo”, “no se debe”, “es una guarrería”, etc. Quizás convenga recordar que esta forma de proceder de los pequeños es fruto de su tendencia innata a jugar y a explorar lo desconocido, sin olvidarnos de que también es una fuente de placer.

Los juegos sexuales durante la niñez forman parte del desarrollo normal de la sexualidad.

No debería ser motivo de preocupación si nuestros hijos pequeños, al tocarse, tienen erecciones o si nuestras hijas se frotan la vulva, dando muestras con ello de estar pasándose bien. ¿Por qué preocuparse?, ¿pensamos que les puede pasar algo?, ¿el qué?, o es un motivo más social que otra cosa (qué pensarán los amigos, vecinos, etc.), ¿creerán que no les “educamos”?

Diversos estudios demuestran que experimentar sensaciones lúdicas con nuestro propio cuerpo, durante la niñez, es enormemente importante para alcanzar un comportamiento sexual maduro.

De nuevo aparece el placer en el sillón de los acusados. ¿De qué le acusamos?, ¿nos parece un motivo moralmente recriminable?

No me sorprendería que detrás de nuestra baja tolerancia con el placer sexual (para con los demás y para con nosotras y nosotros mismos) estuviera una interpretación moral del mismo. Sería muy coherente con el tipo de educación religiosa y social que hemos recibido la mayoría de nosotros (nosotras) en nuestra infancia y adolescencia.

De aquella época recuerdo cuando, en el verano, en el pueblo donde trabajaba un tío mío de veterinario, me dedicaba, por las noches, con mis amigos y amigas, a robar melones y sandías (no crean que muchos); por las mañanas, a aprender a montar en bici y por las tardes, a irnos a un pajar a jugar “a los médicos” y “a las enfermeras” (porque ya desde pequeñitos aprendimos que los hombres eran médicos y las mujeres enfermeras. Todavía hoy sucede que si entramos en la consulta y vemos sentados a un hombre y a una mujer, nos dirijamos a él pensando que es el médico, sin que antes preguntemos cual de los dos lo es).

Creo que junto con la oca y el escondite, jugar “a médicos y enfermeras” ha sido el más universal de los juegos de nuestra época infantil. No es de extrañar. Por algún lado teníamos que canalizar nuestras curiosidades hacia el sexo contrario, mucho más fuertes todavía a esas edades que los intentos de nuestros mayores de reprimirlas.

Nosotros y nosotras, además de haber aprendido las diferencias de roles en relación con el género, también aprendimos rápidamente que este juego era prohibido y que había que hacerlo en la clandestinidad. Era una constatación más de que las cuestiones relacionadas con la sexualidad debían permanecer ocultas a los ojos de los mayores, sobre todo a los de nuestros padres.

¡Qué pena!, ¿no?, comenzar nuestra andadura sexual pensando que lo que hacíamos era “malo”. Así que, no debe extrañarnos que a veces tengamos dificultades a la hora de admitir la sexualidad de nuestros hijos e hijas. No partimos con el mejor equipaje.

Pero lo peor son las consecuencias de esta intolerancia. Cuando los juegos sexuales son prohibidos, aparecen en los niños sensaciones de miedo y de culpabilidad cada vez que violan la prohibición. Esto sí que nos debería de preocupar

Por eso pienso que merece la pena hacer un esfuerzo por no reproducir las condiciones que nos hicieron a nosotros vivir desde muy temprano la sexualidad como algo “pecaminoso”.

Siempre que tengamos la oportunidad, dejemos claro a los niños y niñas que experimentar placer físico es algo bueno y sano. Por eso hay que permitir de buen grado que los niños jueguen sexualmente, de modo que no se vean obligados a hacer de esos juegos un secreto. Aceptémoslos con la misma naturalidad que los demás juegos.

Cuando las preguntas llegan:

La mayoría de los niños piden muy pronto a sus padres una información sexual directa. Entre los tres y los cinco años de edad, el niño empieza a comprender clara y



conscientemente, su propio sexo. Observa con curiosidad la diferencia entre los sexos, hace preguntas sobre la procedencia de los niños y quiere averiguar con exactitud todas esas cosas, llenas de interés para él.

No dejemos escapar esta oportunidad. Contestemos ampliamente a todas sus preguntas y desterremos para siempre respuestas del tipo “eso a ti no te importa” o “ya lo sabrás de mayor” o cualquier otra fórmula para “quitarnos” la pregunta de encima, como si de una pesada carga se tratara. Los niños necesitan respuestas y percibir que se les contesta con interés y naturalidad.

No pongamos barreras a su curiosidad sexual.

Sobre la pareja:

No pongamos barreras, no nos pongamos barreras.

Los niños tienden a imitar lo que ven y se empapan de todo aquello que les rodea. Los adolescentes, a pesar de sus períodos de alejamiento de los padres, tienen en



ellos un claro modelo de referencia. En fin, que querámoslo o no estamos metidos de lleno en su proceso sexual.

Siempre agradeceré a mi madre y a mi padre el ambiente en el que yo crecí. Quizás no fueron unos educadores perfectos y, desde luego, tampoco destacaron por ser interlocutores o informadores sobre cuestiones sexuales. Ahora sé que por la educación que habían recibido, tenían sus límites en ese terreno. Sin embargo, fueron capaces de transmitirme cariño, respeto y tolerancia.

No creo que los padres tengamos que hacer un “master” sobre Educación Sexual para procurar que nuestros hijos e hijas puedan tener un correcto desarrollo de su proceso sexual. Pero sí debemos de esforzarnos porque nuestras potenciales carencias, limitaciones o como queramos llamarlo, no se interpongan entre nosotros y ellos. Por eso, cariño y respeto son dos cuestiones fundamentales.

No tengamos miedo a una sexualidad libre y placentera. La educación sexual no represiva no tiene absolutamente nada que ver con el libertinaje ni con el descontrol. La libertad tiene que ir siempre unida a la capacidad de actuar de modo responsable y sólo se puede adquirir responsabilidad si se disfruta de libertad.

En síntesis:

“Aquellos padres que no reprimen la sexualidad de sus hijos y que han vivido ellos mismos una relación armoniosa dentro de la pareja, ofrecen a sus hijos las mejores condiciones para el desarrollo de una vida sexual satisfactoria”³.

La escuela:

Hace poco leí que la inexperiencia es el factor que mejor explica por qué se prodigan los embarazos entre las adolescentes⁴. Démosles la información, las herramientas y los espacios para que se enfrente a su sexualidad de la mejor forma posible.

En esta tarea no deberíamos de estar solos. Padres y madres tenemos que exigir a las autoridades educativas que pongan los medios necesarios para que nuestros hijos e hijas reciban una educación sexual de calidad, como parte de la educación integral de la persona. Que ésta comience desde la educación infantil y que continúe a lo largo de toda su escolarización. Una educación que transmita a los niños una idea positiva y erotofílica de la sexualidad, sin imposiciones morales o ideológicas, adaptando los contenidos a su proceso evolutivo. Que inculque el respeto a las diferentes opciones sexuales y fomente la responsabilidad en su comportamiento sexual. Que, llegado el momento, aporte la información necesaria, contrastada científicamente, sobre cómo poder disfrutar en las relaciones sexuales sin que se pongan a riesgo de tener un embarazo que no se ha planificado o de cruzarse en el camino del Sida o de cualquier otro problema de salud y que, además les aporte las habilidades necesarias para que sean competentes en la adopción de medidas de prevención, como es el que sepan decir no a tener una relación cuando no quieran o que sepan utilizar un preservativo y sean capaces de defender su uso frente al compañero o compañera sexual. En definitiva, debemos exigir una educación sexual que les ayude a crecer como personas felices y responsables. ●



³ McBride W, Kentler H.

⁴ Informe Juventud en España 2000. Injuve.



Subvencionado por:
Ministerio de Sanidad y Consumo,
Secretaría del Plan
Nacional sobre el SIDA